



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

EN EL CARRIL DE LA REVOLUCION

Federico Gamboa:

Páginas de su diario.

José Juan Tablada:

Madero - Chantecler.

La leyenda de oro.

Trinidad Sánchez Santos:

El desencanto.

El enigma negro.

Zapata, por José María Lozano.

Partido Católico Nacional:

Criterio cierto en política.

INTRODUCCION

La mañana del 11 de septiembre de 1910, funcionarios, empleados y diplomáticos, acudían al cruce de las calles de Londres y Dinamarca. Porfirio Díaz colocaría la primera piedra del monumento a Jorge Washington. El sitio, a partir de entonces, sería el centro de la colonia americana en México. La ceremonia, aunque breve, fue solemne. Henry Lane Wilson, embajador de los Estados Unidos, sonreía con no oculta satisfacción. Las maniobras políticas de Díaz en América Central, las había anulado eficazmente. El "romanticismo latino" no logró, siquiera, que Rubén Darío, como embajador de Nicaragua, llegara a la capital del país para las ceremonias del centenario de la Independencia. Darío había sido detenido en Jalapa. Madero y algunos de sus partidarios estaban en la penitenciaría de San Luis Potosí. Madero era, "simplemente, un hombre de una inteligencia desordenada". Los alborotadores (Flores Magón, Sarabia, Villarreal y otros), acosados en San Luis Missouri, no eran ya problema alguno. Ciertamente las advertencias del profesor Archibaldo Coolidge, dictadas en la Sorbona tres años antes, se cumplían: la "penetración pacífica", para unos y otros, había sido preferible a la anexión. Si México cayera en el "carril de las revoluciones" y su política fuera hostil a los extranjeros, los Estados Unidos intervendrían como ocurrió en Cuba. La advertencia estaba hecha. Había sido oportuno servirse del ejemplo de 1898 en las Antillas. El único modo de evitar la intervención era el orden y el buen gobierno. Y Díaz lo había alcanzado. La primera piedra para el monumento a Washington simbolizaba el culto a una democracia normativa para América Latina y el reconocimiento a la obra de los empresarios norteamericanos: ferrocarriles, explotaciones mineras, comercio exterior, bancos,

compañías de seguros, exportación de henequén, sisal, tabaco, café azúcar, hule, maderas preciosas, servicios públicos, petróleo, empréstitos. México había sido el país predilecto de los capitalistas de los Estados Unidos. Si bien Canadá había logrado desplazar, hacia 1910, a México del primer lugar de las inversiones norteamericanas en el exterior, no era por amplio margen: de los 2,524 millones de dólares, las propiedades en México eran del 26.64 por ciento del total. Los 15,000 norteamericanos residentes, ocupaban un lugar predominante en la "raza blanca" de la nación; de ellos, 1,115 representaban los grandes negocios, las empresas a las que debía México el esplendor del centenario.

Mientras Lane Wilson alababa la pureza de los ideales democráticos de Washington, varias agrupaciones obreras y sociedades mutualistas se reunían en el Paseo de la Reforma para llevar ofrendas a las urnas que guardaban las cenizas de los héroes de la Independencia, depositadas, entonces, en la Catedral. Al divulgarse la intención de los trabajadores y los grupos cívicos, el inspector general de policía dio órdenes al coronel Ramón Castro, jefe de la gendarmería montada, para que impidiera el desfile. Castro conminó a los manifestantes a retirarse, pero ellos, en respuesta, cantaron el Himno Nacional. Las mujeres y los niños llevaban ofrendas; los hombres, banderas y estandartes. Empezaron a caminar. Sonó el clarín y los gendarmes, sable en mano, cargaron contra las mujeres, los hombres y los niños. La gendarmería destrozó las banderas nacionales y las ofrendas. Los grupos, indefensos, no cedieron. Unidos los dispersos en la rotonda de Carlos IV, reanudaron su marcha hacia la Alameda. La gendarmería les dio alcance y se ensañó en los que corrían sin más armas que sus pendones desgarrados. La policía aprehendió a los obstinados. Cuando la ceremonia en la Plaza de Washington terminaba, los capturados eran conducidos a la inspección general de policía. Los comisarios los consignaron por los delitos de "sedición y ultrajes a funcionarios públicos". Al anochecer, los prisioneros, vejados por los policías, eran llevados a la cárcel de Belén. A esas horas las misiones diplomáticas y los funcionarios llegaban al teatro Arbú para una función de gala.

El contraste entre estos sucesos y el alarde de civilización y progreso, fue advertido por Luis Cabrera. Se

trataba —así lo escribió en uno de sus más brillantes artículos—³¹⁰ de dos patriotismos. Había, sin duda, dos patrias: dos maneras de ser irreconciliables; la patria de los que trabajaban y la de quienes se lucraban. Toda la historia de México se le presentaba a Cabrera como dos corrientes contrarias, luchando una contra los intereses de la otra; pugnando por las libertades y la independencia, una; oponiéndose a la soberanía, la otra; el partido de los insurgentes y el de los monárquicos; el de los liberales y el de los conservadores; el de la dictadura y el de la revolución que se anunciaba. De aquellos sucesos sólo quedó, perdurable, el relato de Luis Cabrera. De las pausadas ceremonias y los presuntuosos programas, Federico Gamboa dejó, también, constancia duradera. Ofrece Gamboa el testimonio del porfiriato a puertas cerradas. El mismo era un hombre de conciencia porfirista. Su manera de entender al país, su temor al pueblo, su pesimismo respecto de la democracia, su odio al imperialismo norteamericano, sus aficiones francesas, su culto a la fuerza y su cultivo del derecho si el fuerte eran los Estados Unidos, lo hicieron un hombre ejemplar del antiguo régimen.

Lo que ya anticipaba el conservador José Ramón Malo en su *Diario*, lo da, acabado, Gamboa. Al fin, el suyo, *Diario de un escritor*.

³¹⁰ *Obras Políticas*. Ob. cit., pp. 326-336.